

Pérez Rueda, Ani (2022). *Las falsas alternativas, Pedagogía libertaria y nueva educación*. Virus Editorial, 287 pp.

El libro que ahora pasamos a comentar es esencialmente el fruto de una tesis doctoral y todo el mundo sabe, al menos los que la han hecho seriamente, que una tesis doctoral es el trabajo de años y no el sueño de una noche de verano. Ninguna reseña podría evitar su lectura que resultará provechosa, porque el texto está lleno de ideas interesantes sobre las que pensar, y fácil porque está muy bien escrito. Este pequeño texto sólo pretende traer algunos aspectos sobre los que discutir. No pretendo orientar la lectura sino discutir datos o intuiciones que podrían ayudarnos a mejorar la comprensión de los problemas de fondo que se analizan.

Hay una relación siempre complicada entre los conceptos educación y libertad. Son conceptos que en un nivel superficial aparecen como antagónicos, por eso suena paradójico el propio concepto de pedagogía libertaria. Educar es transmitir y así influir, incluso para algunos, educar es de facto doblegar una voluntad ajena, mientras que la libertad apela al despliegue dentro de lo posible de una voluntad autónoma. ¿Son términos que se pueden relacionar sin caer en contradicción? ¿cómo lograr esa vinculación? Muchos de los problemas que subyacen al intento de solucionar la paradoja explicada suelen estar ligados a una incomprensión de los mismos, por eso cualquier libro que intente hacerse cargo de la libertad y la educación lo tiene especialmente difícil ya de partida. El texto que reseñamos no

es directamente un análisis terminológico, ni trata de hacerse con la totalidad del debate planteado sino que a medio camino del estudio de la tradición libertaria en pedagogía y sus lecturas actuales, tiene la intención de pelearse con ambos términos tratando de encontrar resquicios para su comprensión, pero lo hace a partir de la defensa de una tradición muchas veces incomprensida, y más veces aún malinterpretada, o utilizada como eslogan propagandístico. La pregunta central que guía la reflexión libertaria en su contraste con la educación está bien formulada por Marina Garcés en el prólogo de la obra que estamos analizando, “¿hasta dónde necesitamos ser dirigidos, en algún sentido, para aprender?” (p. 15). Pero aunque esa sería la pregunta central y genuina el libro es también una respuesta a la aparición de multitud de experimentos educativos que pervierten esa pregunta y se apropian de maneras, para la autora ilegítimas, de la honestidad que subyace a la pregunta que está en el corazón originario de la pedagogía libertaria.

El libro comienza con el análisis, un tanto perplejo, de este fenómeno de la apropiación de términos valiosos, -innovación, libertad, felicidad, cambio metodológico, elección autónoma- como subterfugio para mercantilizar lo que no debería ser mercantilizado. Sin embargo, el capitalismo tardío o el neoliberalismo se las ha ingeniado para hacerse cargo de esos términos como reclamo de venta. Todo el primer capítulo está dedicado a la disección de esa estrategia desde una posición excesivamente militante, con párrafos en los que la militancia supera al rigor. Las críticas al capitalismo son

en muchas ocasiones racionales pero en muchas otras viscerales al convertir el dato en categoría. Es imposible no ver ni un rayo de posibilidades a nada que provenga de cualquier ámbito que roce, siquiera levemente, al ámbito empresarial y más cuando, por ejemplo, no se somete al mismo tipo de escrutinio movimientos como los de la Marea Verde, que son casi siempre elogiados un tanto acríticamente, como cuando se comenta el caso de la fundación “Empieza por Educar” y se dice

a pesar de que en un inicio accedieron tanto a escuelas privadas como a escuelas públicas, las luchas del profesorado, organizado en sindicatos y en la Marea Verde, consiguieron impedir que la segunda promoción de ExE pudiera ejercer en la red de centros públicos en Madrid y Euskadi (p. 39),

como si en esos movimientos no pudiese existir la defensa también de privilegios. Si no conociese personalmente a seres de carne y hueso en cada uno de esos ámbitos quizás yo también podría tragarme esa versión, pero también se puede pensar que la idea de “empieza por educar” nace de la necesidad de buscar talento en otros sitios y en otras fórmulas distintas al sistema clásico de oposición y funcionarización del profesorado, porque tenemos necesidad de captar mejores profesores que además se integren en centros de especial dificultad, esos centros que en los sistemas públicos tienen una rotación de profesorado altísima. Sinceramente, no me parece tan mal aunque venga del ámbito privado y algunos lo cataloguen como ejemplo clásico de

“privatización exógena” (p. 39). Se podría decir utilizando los mismos sistemas de argumentación, y sería también injusto, que la lucha sin cuartel contra este tipo de fundaciones es siempre la defensa de un *status quo* que deja bastante que desear. En los análisis de la autora referidos a estos temas no hay ningún cuestionamiento al sistema de acceso al empleo público, un sistema, el de las oposiciones, que legítimamente se puede cuestionar por claramente ineficiente. Lo que las fundaciones como “Empieza por Educar” hacen de facto es recordarnos que los sistemas de acceso a la función pública no son capaces de encontrar y retener talento en los sitios más necesarios. Nacen porque los sistemas públicos generan agujeros que hay que rellenar. Igual sucede cuando se critica el fenómeno gurú acudiendo a la historia de las fundaciones que están detrás y a sus intereses económicos. La crítica al marketing educativo al maestro centrismo, a la banalización de las dificultades que afrontan los centros y profesores del mundo real es legítima y necesaria, pero pierde peso cuando no toma en cuenta que muchos de esos fenómenos y recuerdo ahora el fenómeno profesores *youtubers*, o los canales como el UNICOOS que se insertan en el mismo paradigma y que también están apoyados y financiados ahora por multitud de Fundaciones y empresas surgen inicialmente de forma espontánea para solucionar problemas. Su análisis no puede hacerse al margen de las condiciones materiales, surgen al calor de una innovación tecnológica, no relacionada directamente con la educación, y tienen éxito porque resuelven problemas

también reales que muchos estudiantes tienen con problemas escolares de física o matemáticas, por ejemplo. No son el fruto de un intento de privatización. Se ven en todas las comunidades de España y en todos los países, y simplemente permiten complementar a un buen profesor, que los hay, o puentear a un malo que, desgraciadamente, también los hay.

Creo que igual que resulta posible incluso habitual la creación de un hombre de paja bajo el término “pedagogía anarquista” o “pedagogía libertaria” en el que se vuelcan críticas sin fundamento a quien se sale del carril, ese mismo hombre de paja es muchas veces el término neoliberalismo y todo lo que triunfa bajo el paraguas del capitalismo. La crítica a la totalidad al capitalismo tiene muchos puntos en común con las críticas conspiranoicas al poder del Estado que puede hacerse desde el otro extremo del espectro político. Parecería que dirigir empresas es poco más o menos, o quizás bastante más grave, que fundar el cártel de Sinaloa.

El libro se dedica a deshacer el hombre de paja, construido en torno a las pedagogías libertarias, a mostrar su complejidad real, cosa que hace y muy bien, aunque a veces a costa de construir otro hombre de paja mirando demasiado uniformemente al espectro contrario a la cosmovisión de la autora. Pero el libro no se limita solo a criticar los procesos de privatización, endógena o exógena, o a cargar contra el mercado en general. Si ese fuera el objetivo el texto no tendría ningún interés, al menos para mí. Sería un panfleto. Pero lo que la autora hace en el libro es mucho más profundo y más honesto, es desmontar lo que de

verdad hay en la propaganda que se hace a partir de los términos de moda y aprovechar esa crítica para revisar los propios principios del movimiento anarquista con el que ella está comprometida. Como toda propaganda estos principios parten de aspectos verdaderos pero también de lecturas superficiales y tramposas. Lo interesante es que al hacer esos análisis en profundidad, aunque sea a partir de las lecturas que hacen de ellos su enemigo, “el neoliberalismo”, se cuestiona sus propios principios y los trata de depurar. Una depuración que muestra una evolución personal. Para no hacer una reseña muy larga analizaré uno de ellos que la autora estudia bajo el epígrafe “Libres y felices”, entre la página 59 y 71. La descripción del fenómeno está muy bien resumido por la propia autora:

Especiallymente en este ámbito de las pedagogías alternativas se ha generalizado la idea de que el objetivo prioritario de la educación es satisfacer las necesidades evolutivas de las criaturas de manera respetuosa, permitiendo un desarrollo no dirigido por las personas adultas (p. 61).

La idea en principio y como ella misma dice, es difícil de rebatir críticamente desde su cosmovisión cuando ha sido un principio aceptado por las pedagogías alternativas, y “puesto que compartimos su crítica a la represión emocional que con tanta ligereza se ejerce contra la infancia” (p. 63). Sin embargo, es criticable porque como ella misma dice lo que hay detrás es una antropología errónea por individualista y antimaterialista. En efecto,

circula “libremente” la idea de que hay un yo que está ahí desde el principio, escondido en algún sitio personal, quizás una nueva glándula pineal emocional, al que solo debemos dejar fluir. Como si los deseos humanos nacieran del interior de un sujeto preexistente a su historia y ajeno a las circunstancias materiales en las que ese niño vive. Es difícil no estar de acuerdo con la crítica, el niño no es una mónada leibniziana y el mito del buen salvaje de Rousseau del que, como Ani Pérez dice, estas ideas también beben, es una creencia propia de quien no tiene niños o su contacto con ellos es más bien fílmico. La crítica al principio es certera y es necesario despertar frente al error antropológico que puede ser dominante, pero no solo en las fundaciones o en el nuevo negocio de las alternativas, es como ella misma reconoce, un error que está en algunos de los orígenes del movimiento libertario y sus devaneos con el principio de neutralidad, la no directividad o con la roussoniana bondad natural del niño (pp. 170-174). Creo que la clave está en que ambas visiones beben de la misma fuente, la modernidad y su ruptura con la tradición. El fenómeno está muy bien explicado por Charles Taylor en *“Las fuentes del yo”* y en *“La ética de la autenticidad”*. Pasar del yo sexuado, en primer lugar hijo, hermano, vecino, miembro de la comunidad, al yo trascendental kantiano tiene estas cosas. Acabamos por tener problemas para relacionar la libertad individual y mi ser social, la necesaria autoridad y la capacidad de disentir.

Es muy interesante leer cómo en este capítulo en el que explica esas raíces y que acabamos de citar “Dilemas

y peligros actuales” y sobre todo en el anterior, “El pasado de la pedagogía anarquista”, la autora recorre cuidadosamente la tradición libertaria y sus debates internos tomando postura y buscando explicar las disensiones y contradicciones a la luz de la peculiar historia del movimiento. Esa tarea cuidadosa de deslindar la pedagogía anarquista de otras que están en sus límites, de dibujar lo que es propio, es un trabajo de muy buena calidad. El estudio que se realiza para separar la pedagogía de Summerhill, y otras que tradicionalmente se engloban en el mismo saco, del anarquismo, o distinguirlas de las escuelas anarco capitalistas es de lectura obligatoria para los que quieran entender en profundidad y con una precisión quirúrgica esta corriente.

Hay también análisis muy precisos de términos importantes como el de libertad. La nota 14 en la página 96 que contrapone la definición de libertad de Stuart Mill es clarificadora para entender la antropología subyacente al movimiento. Es muy interesante rastrear la naturaleza política, en este sentido social del concepto de libertad que se defiende a partir de las ideas de Bakunin.

Como ya he comentado contrasta ese cuidado con la forma de mirar las alternativas modernas o postmodernas, y mirado de esta manera, aunque quizás suene un poco pretencioso por tratar de meterme en la cabeza de la autora, el libro es una buena muestra de lo que significa mirar algo desde el aprecio o el amor, que no solo no es ciego sino que nos permite ver más, y mirar otros fenómenos, las nuevas alternativas, desde una posición de rechazo que ve menos

y no puede sacar conclusiones creativas aunque tengan un incontestable éxito entre los afines.

Vamos ahora a una discusión más radical, de raíz, con los paradigmas del movimiento anarquista, que, como expuse más arriba, son hijos de la misma matriz que el neoliberalismo, -la modernidad ilustrada- y con uno de los conceptos que resultan claves para entender todo este asunto, el concepto de autoridad.

En la página 116 la autora dice

El anarquismo incluye entre sus planteamientos sociopolíticos básicos el rechazo a toda forma de autoridad jerárquica (estatal, económica, religiosa, etc.) y a las relaciones de poder que se derivan de dicha autoridad, ya sean las relaciones sociales en términos globales o las que tienen lugar en nuestras relaciones personales cotidianas.

Sin duda luego matiza esa posición. Hay varias formas de oponerse a la autoridad y no toda autoridad es igualmente ilegítima o legítima, ni todas las relaciones del movimiento con el concepto autoridad han sido iguales, la variabilidad es mucha y hay que leer el libro para verla. Pero si tuviéramos que rastrear el origen que guía esa relación, que es cuando menos problemática, creo que podríamos encontrarla en el término insatisfacción, la insatisfacción de un revolucionario, podríamos decir sin exagerar leyendo el epílogo del libro, una insatisfacción que acompaña a su revisión de los principios libertarios hasta casi desembocar en una visión más marxista que libertaria.

Esa insatisfacción se lee inicialmente desde un discurso de primacía

de la autonomía o emancipación, que suena mejor, que es siempre claramente moderno, ilustrado, y que está también entre las claves del liberalismo. Una idea de la libertad que proviene de un sujeto ya desenraizado. En el fondo la modernidad está en el origen de esa insatisfacción que desliga al ser humano de las relaciones comunitarias para hacerle ciudadano de la vida social en la clásica división de Tönnies. Puede parecer lo mismo pero no lo es. En las relaciones comunitarias la autoridad no es conflictiva porque las relaciones comunitarias son orgánicas. Tú ocupas un papel y una posición de dependencia y estás explicado por ese papel, ser hijo no es ser padre. Cuando se destruye la comunidad, la última muestra es la familia, queda el sujeto solo. Puede hacer alianzas pero ya no está situado sometido a la comunidad. Tu interés y tu deseo puede ser juzgado por la comunidad pero no por la sociedad que no tiene derecho a juzgar tu deseo pues eres autónomo. Creo que es la experiencia vital de la autora la que le hace descubrir la ingenuidad de los discursos no directivos, pues siempre hay influencia como bien reconoce, y la clave está en la calidad de esa influencia, la clave creo yo es la recuperación de discursos comunitarios, aclarando que estos están lejos de ser románticos y son exigentes y con mucha autoridad incorporada. Es el yo moderno el auténtico enemigo de la autora y ese enemigo está por todos los lados pues todos somos ya hijos de ese yo, pero en esa lucha están también algunas corrientes tradicionales. Como consecuencia en el último capítulo la autora defiende una idea de educación bastante conservadora

después de problematizar todos los principios de la pedagogía libertaria citados en la página 116. Ahí decía: "...proponemos los siguientes cinco principios que se corresponden con planteamientos sociopolíticos básicos del anarquismo: antiautoritarismo, educación integral, autogestión, solidaridad y apoyo mutuo, y coeducación."

En conclusión después de un largo y pensado viaje de investigación no se traga las propuestas posmodernas neoliberales pero tampoco defiende las lecturas más simplistas del antiautoritarismo reactivo, que casi se intuye que deja o está a punto de abandonar, y termina abogando por conocimiento, intervención, autoridad, los hace pasar como lecturas posibles de la pedagogía libertaria, y el libro muestra que lo son en parte aunque problemáticamente,

pero los podría defender un tradicionalista mejor por motivos parecidos: un rechazo al individualismo social como gran enemigo porque nos deja solos al albur de la propaganda y del más fuerte y porque "(f)rente a quienes sueñan con una escuela que no corte las alas, nosotras luchamos por una que contribuya a dárnoslas" (p. 257). La única gran diferencia es que los anarquistas han llegado después de un viaje de insatisfacción a la convicción que ya sabían mejor los medievales y casi cualquier visión comunitarista del ser humano. No somos comprensibles, ni en nuestro deseo, ni en nuestros fines, ni en nuestros medios como seres autónomos y emancipados. Y, por cierto, no creo que debamos serlo.

David Reyero García
Universidad Complutense de Madrid